

El ciclo vital

Perturbaciones en el adolescente y difusión del yo

Son tan frecuentes estos problemas al final de la adolescencia que se consideran por muchos autores como un elemento inherente a este período. La adolescencia final es una época de conflicto y es casi inevitable cierto sufrimiento neurótico. Puede ser difícil determinar la gravedad de los problemas. El peligro no consiste tanto en no alcanzar una solución inmediata y hallar una identidad y un camino para seguir en la vida (muchas personas tardan varios años en encontrarse a sí mismas) como en caer en una solución negativa: el muchacho «abandonado», se siente derrotado y sufre una «difusión del yo» (ego diffusion), en la que renuncia virtualmente a dirigir su vida conscientemente, entregándose sin resistencia a motivaciones inconscientes. Va a la deriva, tal vez haciéndose más o menos esquizofrénico, o se siente amargado por el modo de ser de la sociedad y de los adultos con los que ha de tratar. Se siente como alienado, como un extraño, negándose a inscribirse en una forma cualquiera de las aceptadas por la sociedad. Es posible que adopte, como consecuencia de esta posición, un modo «alienado» de vivir, convirtiéndose en «beatle» o en «bohemio» o viviendo como un «artista» sin setlo z.

A pesar de que la incapacidad de hallar una identidad positiva y una 22. La nueva tendencia al empleo de la marihuana y la LSD como manera de encontrarse a sí mismo y descubrir una nueva verdad y un nuevo sentido gracias a un más inmediato acceso a la inconsciencia está claramente relacionada con la religión dionisiaca de la antigua Grecia. Dionisos (Baco) era el «liberador», el dios que, estando el sujeto preparado por el vino y la exaltación de la bacanal, confiere a una persona el poder de dejar de ser ella misma durante un breve período, liberándose del sentido de responsabilidad y de la carga de continuar siendo él mismo. Era como una huida del espíritu apolíneo, que se proponía comprenderse a sí mismo por medio de la experiencia, que buscaba la comprensión del mundo con el auxilio de la revelación. Dionisos el objetivo del culto era el cumplimiento del éxtasis, como un perderte a sí mismo, y su función psicológica consistía en satisfacer y dar alivio al impulso a rechazar responsabilidades, impulso que existe en todos nosotros y puede convertirse en ciertas condiciones sociales en un afán irresistible». La LSD se emplea con propósitos semejantes, principalmente por adolescentes del subperíodo final y por adultos jóvenes, para los que la carga de completar la identidad del yo es excesivamente onerosa. La ilusión de la inmutación profunda de sí mismo y del sentido del universo, tan frecuentemente experimentada bajo la influencia de la droga, la hace especialmente tensadora y peligrosa. El drogado tiene la ilusión de encontrarse a sí mismo perdiéndose. El empleo de la droga está frecuentemente ligado a un ritual de grupo en el que el individuo se siente libre de responsabilidad por su conducta y puede ser arrastrado como lo eran los participantes de las bacanales. Interesa señalar que algunos adictos tratan de ritualizar el uso de la LSD, convirtiéndolo en un rito religioso. (Véase E.R. Doods, The Greeks and the Irrational [2], p. 76-77.)

Adolescencia

forma de vida pueden parecer cosas relativas a la decisión, en cuanto dependen de una decisión, más bien que de una indecisión crónica, la elección se basa en determinantes inconscientes que reflejan profundos problemas. Un brillante estudiante que se unió a grupos bohemios en Greenwich y Berkeley para experimentar con marihuana y hasta con heroína, no solamente era incapaz de identificarse con su padre (o con una figura parental), sino que necesitaba demostrarse a sí mismo que era diferente de su padre. Era también incapaz de relacionarse con mujeres, que experimentaba como figuras absorbentes, aplastantes, en las que no podía confiar; se orientaba hacia una identidad homosexual o luchaba reactivamente contra ella. El estudio de este joven reveló graves trastornos familiares y evolutivos. Como observó Keniston<sup>23</sup> en su investigación sobre estudiantes alienados, el joven pudo haber sufrido una gran decepción respecto de su madre, que había intimidado seductoramente con él pero que luego le había traicionado adhiriéndose a su esposo, o una desilusión respecto al padre que, a pesar de las apariencias, resultó ser débil, poco eficiente y quizá afeminado. Otros jóvenes se desilusionaron al comprobar que uno de los progenitores o ambos eran poco honrados, incurrieran en aventuras extramatrimoniales y eran desleales con el cónyuge y el hijo.

Problemas de identidad en la muchacha

La crisis de identidad de la adolescencia final afecta más frecuentemente al sexo masculino que al femenino. La muchacha puede dudar entre seguir una profesión o prepararse para el matrimonio. Cuando se produce en una joven una crisis de identidad grave, es probable que ésta implique la seguridad sobre la identidad de sexo y la falta de preparación para reclamar las prerrogativas masculinas. La sociedad contemporánea otorga gran valor al éxito, a «ser alguien», y las muchachas están influidas por estos valores. La educación superior prepara para ejercer una carrera. La muchacha piensa que podría tener una profesión de título universitario, o seguir una carrera de música o ser arquitecto y cree que actuaría en estas profesiones mejor que muchos de sus compañeros masculinos. Se resiste a renunciar a una carrera.

23. K. Keniston, The Uncommitted (6). Esta trágica situación se describe literariamente en forma dramática y realista en Death of a Salesman, de ARTHUR MILLER y Long Day's Journey into Night, de EUGENE O'NEILL.



El ciclo vital

Luego, cuando ya ha seguido una orientación determinada en el aspecto profesional, vuelve a considerar y endereza de nuevo su interés por el matrimonio. Son muchas las razones interrelacionadas de este cambio de perspectiva. Como se ha mostrado en capítulos anteriores, todo el tipo de desarrollo de la muchacha la orienta a hallar su plena realización en el matrimonio y en la maternidad. En muchas jóvenes, si no en todas, existe la creencia inconsciente de haber nacido privadas de algo importante, de ser incompletas, lo que las hace sentirse instrumentalmente insuficientes a pesar de las protestas y de los alardes de capacidad. En la escuela elemental y en los institutos de enseñanza secundaria, la muchacha, posiblemente, ha procurado de forma inconsciente demostrar que su inteligencia es tan buena como la de un chico y algunas veces la ha usado agresivamente, fílicamente. Como antes se ha señalado, su intención cambia por lo general cuando puede desplazar su identificación masculina hacia un hombre al que ama y siente que puede alcanzar satisfacción mediante los éxitos de este hombre. El rol que se proyecta ahora sobre la muchacha es el de un pronto matrimonio y es muy posible que esté influida por lo que los demás esperan de ella. Es casi seguro que influirán sus amigas y sus compañeras de clase que nunca tuvieron verdaderas aspiraciones en su carrera y tratan de encontrar un esposo que les vaya bien. Estaba acostumbrada a ser apreciada como estudiante de enseñanza superior, pero luego ve que lo más celebrado es encontrar marido.

Las aptitudes intelectuales y los éxitos en este aspecto atraen a un número de hombres bastante limitado y la muchacha tiene miedo de fracasar en su camino hacia el matrimonio. Puede ser importante el hecho de que, como en el sexo masculino, la muchacha se tome una pausa antes de entrar en la competición del mundo de los adultos. No sólo ha de adoptar decisiones sobre la profesión que seguirá, sino que considera la cuestión de cómo será el ambiente masculino en el área en que se desenvolverá y las probabilidades de éxito como mujer en este ambiente. Pero, a diferencia de sus compañeros masculinos, no está obligada a seguir una carrera. La prerrogativa femenina de continuar siendo dependiente y ser considerada por los éxitos del esposo es más tentadora. Su anterior menosprecio del rol de la mujer en la vida y de las mujeres que se dan por satisfechas con el mismo se trueca en la apreciación de sus ventajas. Además, si su desarrollo ha sido más o menos normativo para la sociedad y su familia le ha proporcionado un ejemplo de los beneficios del matrimonio y de los papeles de esposa y

El ciclo vital

madre, piensa que su sentido final de plenitud en la vida se basa en tener esposo e hijos y dedicar a ellos sus energías. Su sentido de plenitud depende tanto de este objetivo que tiende a conseguirlo antes que el joven. Claro está que la muchacha puede continuar sus estudios, pero en la mayoría de casos pierden su importancia central porque no basa el futuro en la profesión propia.

La identidad y la capacidad para la intimidad

El estudio de los problemas concernientes a la consecución de la identidad del yo se ha efectuado separadamente del relativo a la adquisición de la capacidad de intimidad por razones arbitrarias, sólo para dar mayor claridad a la exposición, puesto que ambos procesos están estrechamente conexados, especialmente en el sexo femenino. La respuesta a la pregunta «¿quién soy yo?» depende, en parte, de saber que el sujeto puede amar y ser amado como individuo y más específicamente aún de la persona que se ama y por la que desea ser amado. La identidad de yo implica el sentimiento de plenitud que experimenta el sujeto al saber que es amado y que lo necesitan, de saberse capaz de compartir el yo y el mundo con otras personas. Pero la capacidad de intimidad únicamente puede desarrollarse al consolidarse gradualmente los sentimientos de seguridad y de verse uno mismo como integrado y razonablemente independiente. Las preocupaciones sobre la capacidad sexual, sobre la identidad de sexo y luego sobre la capacidad de intimar con otra persona y lograr su intimidad influyen considerablemente en el desarrollo de la identidad de yo en el adolescente.

Especialmente la muchacha, desea saber quién es por exigencia de la persona a quien ella necesita y que la admira y la necesita. Su capacidad de intimidad es un elemento esencial para la obtención de una identidad estable y coherente. Sus problemas no difieren mucho de los problemas del chico, pero la importancia de cada factor y su secuencia difieren. En cierto sentido, la cuestión de «¿quién soy yo?» tiene una tonalidad más específica en el sexo femenino. A la muchacha le interesa saber más quién es en sí misma que en lo que se refiere a su progreso profesional. Sus aspiraciones básicas radican muy definitivamente en su constitución biológica orientada a tener hijos y a educarlos y los roles asociados tienen una notable semejanza en todas las mujeres de todas las sociedades. Su principal interés radica en hallar una relación



El ciclo vital

Intima adecuada a sus necesidades, ya que su vida dependerá en gran parte de cómo sea el hombre con el que se case. Su interés se centrará principalmente en la exploración de sus cualidades propias y en considerar qué tipo de joven y de hombre puede generar en ella un sentido de plenitud. Como la edad en que por término medio se casan las jóvenes es de unos veinte años, su interés por la intimidad es en ellas más apremiante que en el sexo masculino; se orientan al matrimonio más pronto y más resueltamente que los jóvenes. Su atención, consciente e inconsciente, central y periféricamente, se dirige a tener un marido conveniente. Como las costumbres de nuestra sociedad exigen que la mujer no busque activamente este importante objetivo, sino que se muestre pasiva y receptiva, aprende diversas clases de artificios, utiliza medios apropiados para atraer a los jóvenes y trata de parecer pasiva aunque se dedique de una manera activa a dicho objetivo. Es un papel difícil y penoso; no es de extrañar que con frecuencia la joven se manifieste agresiva y tenga un comportamiento de cazador con trampa, que puede alarmar y alejar a un joven que está tratando de hacerse independiente de su madre, el cual huirá de una muchacha con tales características tan rápidamente como el gamo que nota el olor del cazador.

Aunque la mayoría de muchachas se preparan para una profesión y empiezan a ejercerla, se trata corrientemente para ellas de una cuestión secundaria, de una ocupación temporal que, si la ejercen de casadas, es sólo para ayudar al esposo interinamente, contribuyendo a los ingresos de la familia mientras no han de cuidar a los hijos. La elección de profesión no se basará en los propósitos de ganar prestigio, alcanzar una buena posición económica o adquirir dominio, sino que, en general, la mujer buscará una función auxiliar o de asistencia o educativa (maestra, enfermera, etc.). Es cierto que existe un cierto número de mujeres que siguen carreras más masculinas debido a razones muy diversas, a veces porque no saben amoldarse a su identidad femenina y desean competir con el hombre y sobrepujarlo, pero también, en muchos casos, por miedo al matrimonio y a la maternidad o a los peligros de una situación de dependencia.

La capacidad para la intimidad es una parte inherente de la formación de la identidad en la mayoría de muchachas y la disposición a la identidad requiere la aceptación de la identidad femenina y la seguridad en ella. La muchacha puede entrar en la adolescencia final firmemente asentada en la identificación con su feminidad, deseando primordialmente complementar la vida del esposo y hallar la felicidad en la fami-

Adolescencia

lia. Puede no sentirse indebidamente masoquista al aceptar el rol más pasivo. Por lo general, sin embargo, puede serle todavía necesario descubrir por medio de la experiencia los valores positivos de ser mujer. Pueden ser precisos aún algunos cambios en sus actitudes conscientes e inconscientes, lo que ocurre a menudo cuando se enamora. La envidia inconsciente del pene puede desvanecerse al ver que puede ser amada y admirada no teniéndolo o, mejor dicho, precisamente porque no lo tiene. A pesar de que pueden ser para ella una carga la situación de verse obligada a esperar que se presente un esposo y las limitaciones impuestas a la expresión de sus deseos, puede simpatizar con los problemas que tiene el joven por la necesidad de demostrarse a sí mismo constantemente su valía<sup>24</sup>. Le es dado comprender entonces, de un modo más maduro, las satisfacciones que obtenía su madre amando y sintiéndose necesaria, cosa que al principio podía parecerle más bien una carga. Aprende con su propia experiencia y la de sus amigas que la conducta sexual no sólo es permisible, sino que el rol de mujer puede darle placer, obteniendo del acto sexual tanta satisfacción como el hombre<sup>25</sup>.

24. Una joven que se había casado durante el subperíodo de la adolescencia final y llegó a comprender que al día ni su esposo estaban realmente preparados para la vida de casados hablaba con gran comprensión de la situación de su joven esposo. Explicó que ya no podía basarse éste en sus proezas atléticas para apoyar su autoestimación, que se había visto obligado a buscar medios más protegidos para competir con sus iguales; que era constantemente juzgado y se juzgaba a sí mismo a base del rendimiento en su profesión. Dijo que cuando el marido sufría algún fracaso profesional tenía dificultades en el acto sexual y entonces se sentía menos hombre y tendía a separarse de ella. En cambio, ella, según decía, ya no tenía que esforzarse; podía descansar y dedicarse a cosas que siempre le habían interesado. Si no sentía el deseo de tener relaciones sexuales y el marido las quería, le era fácil prestarse a la unión sexual aunque no le proporcionara placer.

25. La comparación del goce obtenido en el acto sexual por cada sexo es, naturalmente, imposible. La única persona a la que se consideró capaz de formar juicio sobre este punto fue el mítico Tiresias. Efectivamente, Tiresias había sido transformado en mujer cuando vio a dos serpientes en cópula y vivió como cortesana durante años, pero luego volvió a recobrar su anatomía primitiva. Explican que una vez, cuando Hera reprochaba a Zeus sus muchas infidelidades, le dijo éste que no se quejara de su condición de mujer, porque como tal obtenía más placer de las relaciones sexuales que los hombres. Hera no aceptó el universal conocimiento de su esposo; insistió en que las palabras de Zeus eran ridículas, porque todo el mundo sabía que los hombres obtenían más goce que las mujeres. La disputa pasó de lo particular a lo universal, pero ninguno podía convencer al otro. Finalmente, se acordaron de Tiresias y le llamaron para que decidiera la cuestión, reconociendo que en este aspecto, Tiresias, aun siendo mortal, podía saber más que los dioses. Tiresias dijo que si se dividía el goce que da el acto sexual en diez partes, nueve correspondían a las mujeres. Esta afirmación irritó a Hera, que se vengó volviendo ciego a Tiresias. Zeus no pudo deshacer lo hecho por su mujer, pero quiso compensar a Tiresias dándole la vista interior; le convirtió así en el más grande de los videntes y le concedió una duración de la vida siete veces superior a la normal, lo que explicaría la intervención de este personaje en mitos de dioses.



... el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.

Intimidad y amor

Aunque el adolescente haya tenido varias experiencias sexuales, no está por lo general preparado para entrar en una relación íntima hasta el final de la adolescencia y aun entonces puede tratarse sólo de ensayos. Ha tratado de hallar salida a sus tensiones, ha ampliado sus conocimientos y ha buscado excitaciones, pero se ha ocupado en explorar sus sentimientos y los de las personas de sexo opuesto más que en buscar la plenitud del yo mediante una relación permanente. En realidad, una relación de amor estable antes de la adolescencia final denota la incapacidad de tolerar la independencia respecto a las personas esenciales y puede bloquear el desarrollo de una firme identidad del yo. Aunque los impulsos sexuales son tan imperativos como antes, el adolescente del período final se encuentra a menudo menos afectado por ellos. Ordinariamente, ha encontrado algún medio de resolver sus necesidades sexuales, aunque sólo con una base transitoria, y el superyo es más tolerante en esta edad. El misterio no ejerce ya tanta atracción y el joven se siente más seguro de su capacidad. Ha encontrado y reforzado defensas contra los impulsos y se permite algunas expansiones sin demasiados conflictos.

Gradualmente, el adolescente empieza a tener respecto a sus tendencias sexuales y afectivas una orientación menos centrada en el yo y menos narcisista. Entra en relaciones de amor en las que también da importancia a la dicha del coparticipante y la satisfacción que obtiene el tú es fuente de placer para el sujeto. Siente el joven, aunque no se dé cuenta de ello conscientemente, que por sí solo es incompleto y que una persona no puede sentirse completa sin la unión con otra persona de sexo opuesto. Desea hallar a alguien cuyo rol y cuyo modo de amar sean complementarios de los suyos, a alguien que obtenga satisfacción de lo que él hace, que no sea un rival. Una persona que lo necesite. Ya no busca a una persona semejante a él o a un miembro del sexo opuesto en quien vea atributos que le hubiese gustado poseer, sino a alguien que lo complete y lo admire. Cuando el adolescente persiste en buscar un amor no correspondido, la tendencia romántica adquiere un carácter patológico, como si el muchacho o la muchacha estuviesen condenados a repetir las frustraciones de la situación edípica en lugar de encontrar situaciones que pueden aportar plenitud.

El ciclo vital

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.

Adolescencia

Entonces, cuando el individuo ha empezado a hallar solución al problema de quién es y tiene una identidad del yo bastante definida, es frecuente que se enamore seriamente. La significación y la intensidad del enamoramiento varían según la madurez del individuo, pero hasta los amoríos de la adolescencia inicial pueden tener un impacto considerable. Crece en la pareja la mutua atracción y la vida de cada uno se atempera a la del otro. Hay una acuciante necesidad de estar juntos y compartir experiencias. Y cuando se hace algo separadamente, se piensa en el otro. La separación puede ser dolorosa y el temor de ser reemplazado por otro genera auténtico sufrimiento. El amante inviste intensamente la imagen del ser amado y aunque esta vivencia puede llegar a veces a ser dolorosa, la experiencia de sentirse impulsado hasta más allá de la vida propia, de estar íntimamente unido a otra persona en el sentir y en el pensar, conduce a una difuminación de los límites del yo, a una liberación extática. Por primera vez, gracias a un intenso afecto en el que se suma el cariño y el erotismo, puede reemplazarse el intenso apego a un progenitor, al que hubo de renunciarse antes. La intimidad psíquica se mezcla usualmente con una intimidad física y sexual, de la que derivan tales sentimientos.

Soy incapaz de hacer las veces del poeta para cantar la felicidad del primer amor, cuando el yo se disuelve parcialmente en el amor a otro, cuando el embarazo de la conciencia de sí mismo se cambia en la gracia de ser deseado. A pesar de que la mayoría de los primeros amores se rompen más pronto o más tarde, son importantes presagios para el futuro. Indican que puede superarse la decepción originada por las frustraciones en la familia, que las represiones de la sexualidad no son demasiado grandes y que las defensas no son excesivamente rígidas. La relación puede romperse porque la persona elegida se parece de modo excesivo a un progenitor o, al contrario, porque es demasiado diferente, o porque el joven (o la joven) no está preparado todavía para renunciar a una independencia recién adquirida; o porque quedan aún por realizar diversas tareas encaminadas al logro de la seguridad y la terminación de una carrera. Las frustraciones sexuales pueden ser causa de muchos roces. Tales relaciones son una parte importante en el desarrollo que conduce al estado adulto, un ensayo de cómo se relaciona el sujeto con una persona de sexo opuesto en términos de intimidad; forman parte de la expansión de la adolescencia pero, además, satisfacen la necesidad de delimitar y de compartir. Estos amoríos tienen más carácter de ensayo que de relación firme.